

PALABRAS INAUGURALES DEL SIMPOSIO “LA NOVELA EN ESPAÑOL, HOY”

Por

JOSÉ MIGUEL OVIEDO

University of California, Los Angeles

Este Simposio, que hace algo más de un año no pasaba de ser una vaga idea (considerada improbable por muchos) es hoy una realidad, gracias a la colaboración y apoyo de los importantes novelistas, estudiosos y críticos que aceptaron estar aquí con nosotros. A ellos y al público interesado que nos acompaña, les debemos una explicación de las razones que hemos tenido para organizar este Simposio, sobre lo que esperamos de él y sobre lo que significa para nosotros tener en este pequeño y soñoliento pueblo del medioeste americano, tan lejos de todo, una reunión como ésta.

Como todos habrán notado, el Simposio tiene uno de los títulos a la vez más simples y amplios que se pueden imaginar: “La novela en español, hoy”. Las reuniones dedicadas a la novela hispanoamericana, latinoamericana o española contemporánea son frecuentes entre nosotros; lo son menos las que intentan abarcar los procesos que la novela en nuestra lengua ha seguido a ambos lados del Atlántico. Aunque la comunidad lingüística es nada más que parte de una comunidad mayor de naturaleza histórica, cultural, espiritual, nuestras literaturas se han desarrollado en este siglo como una rivalidad, cuando no como un diálogo de sordos. Cierta crítica nos ha acostumbrado a pensar en forma maniquea y por exclusiones: Machado o Darío, Gómez de la Serna o Macedonio Fernández, y a veces uno *versus* el otro. Por cierto que pertenecen a procesos diferentes, pero las diferencias enmascaran semejanzas, coincidencias, mutuos préstamos y secuencias que tampoco pueden ignorarse. Nos ha faltado, pues, una visión de conjunto que nos permita contemplar la narrativa hispanoamericana y peninsular como variantes de una unidad superior que no es evidentemente la difusa y discutible “Hispanidad”; como un conjunto cuyas divergencias y convergencias estéticas ofrezcan la posibilidad de un provechoso contraste con otras narrativas. Esta omisión es otra de las nefastas consecuencias del largo período franquista que, si no logró paralizar del todo la existencia de la literatura española, sí la aisló casi por completo de la hispanoamericana, que creció en esos grises años con la sensación de cubrir el clamoroso vacío peninsular. Ahora que ese paréntesis

ha quedado aparentemente atrás, parece muy oportuno examinar la realidad del presunto vacío, confrontar la desigualdad de esos procesos y valorar los perfiles artísticos que han adoptado. La discontinuidad histórica no ha cesado, pese a todo, pues mientras Hispanoamérica atraviesa una ominosa etapa de represión, dictaduras y violencia organizada, muchos novelistas como Onetti, Cabrera Infante o Manuel Puig no tienen mejor refugio que España para vivir, escribir o difundir sus libros. Razón tenía Vicente Llorens Castillo: España siempre ha marchado a contramano de los períodos históricos en los que debía insertarse, oscilando a destiempo entre los polos del oscurantismo y la tolerancia. Esa falta de sincronización de los relojes históricos del mundo hispánico es un dato que no se debe despreciar a la hora de entender la evolución de un género tan enraizado en la historia como la novela.

No hemos querido, sin embargo, limitar con un temario definido la amplitud de la discusión, sino más bien estimularla con las sugerencias, perspectivas y propuestas que la cuestión de la novela, en toda su riqueza, presenta. Hemos huido de los marcos que un membrete con cronología, tendencia estética o planteo ideológico demasiado precisos, podría implicar. Inclusive la contemporaneidad señalada por el *hoy* del título debe entenderse (y así lo muestran algunas sesiones) más como un punto de referencia para entender fenómenos y obras de otras épocas, que como una reducción a la estricta actualidad: nos interesan Azuela, Valle-Inclán y Güiraldes como Fuentes, Goytisolo y Vargas Llosa. Estos últimos son los grandes focos de nuestra reunión, pero no la agotan y sirven como motivos centrales de una reflexión que lleva al pasado y a otras obras que hoy podemos ver iluminadas desde la situación presente.

Pero siendo todo lo amplio que se quiera en materia de temas y actitudes estéticas, este Simposio parte—y no quiere ocultarlo—de un determinado concepto de la función de la literatura y de la crítica, no para imponerlo, sino para someterlo también al debate. Es curioso que dos de las tendencias más populares de la crítica hispanista en este país, sobre todo en la última década, sean consecuencias de actitudes antagónicas. Por un lado, la abrumadora mayoría del trabajo de investigación académica cae, tal como los sumarios de las bien conocidas revistas hispánicas lo demuestran, dentro del rubro de la exégesis textual, algunas de ellas excelentes. En cambio, lo que casi siempre falta, lo que sigue siendo escuálido, es la reflexión crítica sobre los problemas comunes al *corpus* de la literatura hispánica y su conexión con los de otras literaturas. No hablo del estudio de influjos extranjeros o de trabajos comparatistas: hablo de un pensamiento crítico organizado que ponga en relación obras, autores y períodos, no sólo entre ellos, sino con sus contemporáneos en otras lenguas y con los movimientos generales del espíritu

moderno, tal como los críticos americanos, ingleses y, en otra medida, franceses, han hecho con su propia tradición literaria. Los creadores escriben novelas, poemas, dramas; los críticos inventan la literatura, ese tejido que se expande entre los intersticios que van de libro a libro. Criticar es poner los textos en una comunicación inagotable, cuyas peculiaridades e inflexiones llegan a ser parte de las obras de creación. Joyce, por ejemplo, no es sólo James Joyce, sino la suma de él más Stuart Gilbert Tindall, Harry Levin, Hugh Kenner y otros. Tampoco se puede separar Proust de George D. Painter. ¿De cuántas obras maestras hispánicas podemos decir lo mismo?

Por eso nuestra reunión no es una simple cita de “hispanistas”, de personas especializadas con las cuales coincidimos regularmente en otros simposios dedicados a los temas que constituyen nuestro primer interés. Como queremos abrir los márgenes dentro de los cuales circula nuestra información y nuestro diálogo, hemos invitado a novelistas y críticos de habla inglesa como William Gass, Paul West y Robert Clements a que presenten, en una sesión especial, la visión desde la otra margen, la de los que trabajan en el campo de la creación o la crítica no hispánica, pero que tienen una definida vocación por las literaturas de esta lengua. Como toda perspectiva “desde afuera”, ésta puede tener ventajas inestimables para valorar el real aporte de nuestra literatura en el vasto contexto de la literatura contemporánea, y para hacernos ver lo que la misma cercanía de la “especialización” a veces nos impide apreciar.

A la tendencia exegética y a la reducción especialista, se opone la tendencia, ahora creciente, de la teorización y la revisión total del estatuto literario apoyadas en una sofisticada argumentación lingüística, semiótica, poética e ideológica cuyos alcances parecen extenderse cada vez más. Un modo de apreciar la profundidad de su impacto en el ámbito de la crítica literaria (hispánica o no), es el de mirar un poco hacia atrás y comprobar que lo que hoy llamamos crítica es algo sustancialmente distinto de lo que pasaba por serlo hace 25 años. Sin duda, el aporte que han brindado a la crítica los cuerpos teóricos elaborados por la lingüística, las varias disciplinas sociales, los esquemas ideológicos y las técnicas de información ha sido enorme y forma ahora parte de nuestra visión del hombre y su cultura. Negarlo es intentar vanamente detener la evolución misma de ambos. Pero tal vez se corra un riesgo si se extrema el esfuerzo: el de perder de vista la especificidad de la literatura en el océano de nociones y datos que nos brindan esas otras ciencias, convirtiéndola en un accidente más o menos banal de la operación crítica o en un mero capítulo del análisis simbólico y la semiótica cultural. No es que sea erróneo considerar la literatura como una actividad que forma parte de la teoría general de los signos; pero sí—como señala George Steiner—ignorar lo que la literatura tiene de simple tramado lingüístico sería un disparate, sería

igualmente iluso o perverso creer que la literatura existe para decirnos que *es sólo eso*, un hecho de lenguaje. Al contrario: es un hecho de lenguaje para decir otra cosa, y es esa otra realidad la que la crítica no puede olvidar. Como se ve en nuestro programa, el presente Simposio acoge todos los enfoques críticos que se practican entre nosotros, desde el enfoque histórico-literario hasta el desconstruccionista, pasando por el análisis textual. Pero esta reunión no se ha convocado por afinidad, expresa o tácita, con ninguno de esos modelos y perspectivas, sino por simple y puro amor a la literatura; con la convicción de que escribir novelas, ejercer la crítica y transmitir a otros el interés por los libros de imaginación, tienen todavía sentido en el mundo contemporáneo. Si los nuevos teóricos de la ciencia literaria nos han habituado al escepticismo y a veces al solipsismo, quizá sea apropiado que este Simposio se interrogue sobre la legitimidad de nuestra fe y discuta el significado de sostenerla o rechazarla en un contexto como el actual. La cuestión es una de fondo: ¿es necesaria la literatura hoy? ¿Subsisten las razones para escribirla, leerla, criticarla, difundirla? Cuando uno lee, en las páginas iniciales de *The Oak and the Calf*, que Solzhenitsyn había llegado a poder escribir en el campo de concentración prácticamente en cualquier parte, marchando en fila, a la intemperie, en el bullicio de la celda o una fundición, porque sentía la obligación de revelar su experiencia humana, y que lo hacía “with honor and conscience as . . . guides”, resulta difícil caer en ningún nihilismo teórico. Octavio Paz ha observado que las mismas estructuras poéticas se encuentran en Darío y en un mediocre poeta peruano, José Santos Chocano, pero que en Darío son poéticas y cursivas en el otro. ¿Por qué? Paz contesta diciendo que hay un problema huido para el análisis que un Jákobson podría hacer: el del valor, el de la cuestión ética que plantea la escritura. En un artículo reciente, el crítico Denis Donoghue afirma que uno bien puede considerar (como Paul de Man) que el lenguaje es un mecanismo totalizador, un sistema cuyas leyes son implacables, pero que la cuestión de la forma, la gramática o la estructura no puede hacernos soslayar que “a poem consists of words spoken . . . by someone”. La literatura nos pone ante cuestiones que no son siempre fáciles de absolver, por más afinado que sea nuestro instrumental crítico. Tal vez porque, como dice un aforismo de ese ignorado genio colombiano que se llama Nicolás Gómez Dávila, “cada obra de arte responde a una pregunta que no la precede”.

Todo esto quizá explique por qué están aquí presentes novelistas de la talla de Carlos Fuentes, Juan Goytisolo y Mario Vargas Llosa. No quisimos hacer un Simposio *sobre* ellos, sino *con* ellos, porque estamos seguros de que su presencia tendrá un inestimable efecto de estímulo intelectual entre todos nosotros. Pero, más específicamente, ellos están aquí porque representan tres de los gestos más radicales que puede ofrecer la novela escrita en nuestra lengua como contribución al género en el siglo XX. Inconfundibles como

creadores de mundos imaginarios, los tres sin embargo se parecen en el alto grado de una pasión (americana o española) que los ha empujado a negaciones y disensiones muy violentas, deicidas, heterodoxas o traidoras de una herencia anquilosada y sacralizada. Los tres rasgan el velo de la falsa respetabilidad y saludablemente mancillan el decoroso museo de cera de las versiones oficiales: rostros muertos, cuencas vacías, ceniza. Que Fuentes quiera arrancar la máscara de la revolución mexicana y observe la tragedia del país mediante *close-ups* despiadados y grotescas visiones de muralista; que Goytisolo condene a España en el fuego y vitriolo de sus parodias narrativas de la tradición literaria nacional, la actualidad cosmopolita y la conducta colectiva de su raza, hasta terminar renegando de ella y adoptando, con humor glacial, el papel de sus enemigos históricos; y que Vargas Llosa presente la rebeldía insumisa del individuo atropellado por el *establishment* militar o dictatorial, como un acto exasperado—pero inútil e irrisorio—contra las odiosas jerarquías de la injusticia y la barbarie, no son sino variantes de un solo gran tema: el de la novela como rescate de la autenticidad perdida en los avatares de la historia, el poder y el frágil tiempo humano. Los tres novelistas que nos honran con su presencia no han escrito simplemente libros: han levantado monumentos contra la muerte con el impalpable material de las palabras, ésas que reestablecen la dimensión del sueño y el mito en la raíz misma de la realidad.

A ellos, a sus colegas americanos, a los críticos, estudiosos y profesores aquí reunidos, les damos, pues, la más calurosa bienvenida: lo que vienen a decir y a discutir sobre nuestra novela es de la mayor importancia y de extrema urgencia para todo aquél cuyo destino personal no sea indiferente del de los demás hombres. Pues, como las grandes novelas de todos los tiempos nos enseñan, son las desgracias y alegrías de esos otros hombres las que nos revelan quiénes verdaderamente somos.

